CARLA NEGGERS



Corazones en LLamas

A mis sobrinos: Blythe, Sarah Mae,
Tommy, Rose, Chris, Timothy, David,
Sarah Elizabeth, Emily, Dan, McKinzie, Scarlett
y Marena... y a Kate y a Zachary...
¡Sois todos fantásticos!

Prólogo

Riley St. Joe avanzó a través de diez centímetros de agua medio congelada. El Encounter cortaba las aguas bajo sus pies, con su viejo metal gimiendo y crujiendo a medida que iba hundiéndose. «Atrapados como ratas en un barco», pensó ella. Aquellas ganas de bromear la tomaron por sorpresa y la ayudaron a mantenerse de pie mientras se dirigía hacia su abuelo. Estaban en la bodega del barco, enfrentándose al fuego de un motor y a una vía de agua que los aislaba del resto de la tripulación.

Después de tres décadas en el mar, el Encounter, el viejo dragaminas que Emile Labreque y Bennett Granger habían transformado en un buque oceanográfico, se estaba hundiendo en el mar del Norte. No había nada que Riley pudiera hacer al respecto. Más aún, no había nada que su abuelo, el testarudo y brillante oceanógrafo Emile Labreque, pudiera hacer al respecto.

Riley lo agarró por el delgado brazo. Tenía setenta y cinco años, delgado y fibroso, y debía saber lo que

estaba ocurriendo. Conocía su barco mejor que nadie. Miró fijamente la puerta estanca, que había encerrado el fuego y la inundación y, al mismo tiempo, los había atrapado a ellos en las entrañas del barco.

—Emile, tenemos que tomar el sumergible —le gritó—. No nos queda elección.

—No voy a ir a ninguna parte. Las bombas achicarán el agua y la tripulación apagará el fuego.

—Las bombas no conseguirán nada y, si la tripulación es inteligente, se estarán metiendo ahora mismo en las lanchas salvavidas. Emile, el Encounter se hunde. Si nos quedamos aquí, nos arrastrará con él.

Emile apartó con fuerza el brazo que su nieta le agarraba. Tenía una mirada salvaje en los ojos. Su arrugado y curtido rostro y su cabello blanco eran una leyenda. Respiró profundamente.

—Vete tú. Toma el sumergible y márchate de aquí.

—Sin ti, no.

—Necesito encargarme de la tripulación.

—No puedes. Aunque pudieras abrir las puertas, el fuego es demasiado intenso. Si no te abrasaras, te ahogarías. Sam tendrá que encargarse de la tripulación.

Sam Cassain era el capitán de la tripulación, pero Emile se consideraba único responsable del Encounter y de su tripulación. A Riley le costaba mantenerse de pie. «Ratas. Estamos atrapados como ratas». Trató de contener el pánico.

—Emile, maldita sea. Sabes que tengo razón.

Emile lo sabía. Sabía mucho mejor que Riley que el barco estaba perdido. La explosión de un motor, un fuego que se extendía sin parar... Sólo les quedaban minutos.

—El sumergible sólo es para una persona —dijo.

—Podrá con dos. Sam ya habrá mandado un SOS. Los guardacostas seguramente ya están de camino. Nos recogerán antes de que nos quedemos sin aire.

—Dispondremos de tres, cuatro horas como mucho.

—Será suficiente.

Emile colocó una mano sobre la puerta estanca y cerró los ojos durante un instante. El Encounter era tan famoso como él, la base de sus investigaciones oceanográficas, de los documentales que había filmado y de los libros que había escrito. Su día había llegado. Se volvió a mirar a Riley.

—Nos hemos quedado sin tiempo. Vayámonos.

Cinco horas más tarde, Riley, completamente entumecida, aceptó una manta que le ofrecía un guardacostas y se envolvió en ella. El guardacostas le decía algo, pero ella no podía distinguir las palabras. Había dejado de temblar. Le pesaban los párpados y se le había tranquilizado el corazón. Sin embargo, tenía las manos sudorosas y muy blancas. No podía entender lo que le decía aquel hombre.

«Debo de estar en estado de shock».

La garganta le abrasaba y le dolía por la tensión y la fatiga que le había supuesto tratar de respirar cuando el oxígeno se iba terminando en el minúsculo sumergible que Emile y ella habían compartido durante cuatro interminables horas.

—¿Cómo está mi abuelo? —preguntó, aunque no sabía si había logrado pronunciar las palabras.

El guardacostas frunció el ceño, como si no entendiera lo que ella le decía.

—Emile... mi abuelo.

—Vamos a conseguirle ayuda, ¿de acuerdo? —repuso el hombre, tocándole suavemente el brazo—. Espere un poco.

—No estoy herida —dijo ella. Se sentía como si estuviera gritando, a pesar de que no podía escuchar

sus propias palabras—. La tripulación... ¿Están todos bien? ¿Consiguieron ponerse a salvo en los botes salvavidas?

—Señorita St. Joe...

Algo que había en el rostro, en el tono de voz del hombre, le atravesó el cuerpo, llenándoselo de pánico.

—¿Cuántos...? ¿Cuántos han muerto?

Todos los hombres se volvieron a mirarla. Comprendió que, aquella vez, debía de haber gritado. Cuando no respondió, Riley lo comprendió todo. Se habían producido muertes en el Encounter. No todos habían conseguido salir vivos.

Un hombre gritó. Riley levantó la mirada y vio que los guardacostas sujetaban a Sam Cassain. Era un hombre alto y fuerte, de cabello castaño. Ella vio que el guardacostas hacía un gesto de dolor, como si quisiera protegerla de las palabras de Sam. Demasiado tarde. Riley las distinguió perfectamente.

—¡Cinco! —gritaba Sam—. ¡Cinco hombres! Tu maldito abuelo ha tenido la culpa. El gran Emile Labreque. Él es el responsable y lo sabe.

—¿Quién? —preguntó Riley. Se aferró a la manta con dedos rígidos. Tenía un nudo en el estómago—. ¿Quién ha muerto? Sam, por el amor de Dios...

—Bennett Granger. Se frió en el barco. Nunca tuvo posibilidad alguna de llegar a los botes salvavidas. ¿Crees que Emile debería ser el que se lo dijera a tu hermana y a tu cuñado?

Riley no podía hablar. La bilis le envolvió la garganta. Bennett Granger era el principal benefactor y el cofundador del Centro de Investigaciones Oceanográficas de Boston. Su abuelo y él eran amigos desde hacía más de cincuenta años. El hijo de Bennett se había casado con la nieta de Emile, la hermana de Riley. «Dios... ¿Quién se lo iba a decir a Matthew y a Sig?»

—Lleváoslo de aquí —dijo el guardacostas.

—Acuérdate de mis palabras, Riley St. Joe —afirmó Sam con voz mortal—. Se lo advertí a Emile. Le dije que el Encounter estaba muy viejo y que necesitábamos tomar más precauciones. No quiso escucharme. Sus misiones eran siempre lo primero. Ahora, hay cinco personas muertas. Será él quien tenga que llevar esa culpa sobre los hombros, no yo sobre los míos.

Con esfuerzo, Riley se puso de pie. El guardacostas la agarró por el codo para impedir que se abalanzara sobre Sam... o que se desmayara.

—No lo haga —le dijo muy suavemente—. Habrá una investigación. Todo se resolverá solo a su debido tiempo.

—Pero Emile, mi abuelo...

—Está en la enfermería. Se pondrá bien.

—El fuego fue un accidente. No fue culpa de Emile. No fue culpa de nadie.

El guardacostas no respondió, pero se delató con la mirada. Estaba de acuerdo con Sam Cassain. Creía que Emile Labreque era responsable de la explosión y del fuego que había hundido el Encounter y que había matado a cinco personas.

Riley se aferró a los pliegues de la manta. «Bennett... Oh, Dios...». Deseó que el día volviera a empezar y poder salvar al Encounter, salvar a Bennett y al resto de los miembros de la tripulación. Sin embargo, el viejo barco se había hundido y habían muerto cinco personas. En cuanto a Emile... Su abuelo estaba condenado.

1

Riley no prestó atención al ligero temblor que tenía en las manos y unió los dos trozos de su remo de competición. Se abrochó el chaleco salvavidas. No había razón alguna para sentirse nerviosa. Llevaba recorriendo en piragua las grutas y las ensenadas de la península de Schoodic desde que tenía seis años. Las condiciones de aquel día eran casi perfectas: una despejada y tranquila mañana de septiembre, a mitad de camino entre la marea alta y la baja. Miró a su abuelo, que había bajado de su casa a la playa para despedirse de ella.

—Ven conmigo —le dijo Riley.

—No. Ve tú sola. Necesitas volver a entrar en contacto con el agua.

—Ya lo he hecho. Caroline Granger nos invitó a su yate el viernes por la noche para celebrar un cóctel.

—Cócteles... —bufó Emile—. Eso no es entrar en contacto con el agua...

Riley sabía a lo que se refería su abuelo. No había estado en un barco, bote o piragua desde el desastre

del Encounter hacía un año. En el yate de los Granger no había podido bajar a los camarotes. Nunca había sufrido de claustrofobia, nunca hasta que las puertas herméticas los habían encerrado a Emile y a ella en el compartimento de buceo, hasta que los dos habían tenido que soportar terribles horas en el sumergible experimental.

Se dijo que aquello tenía que terminar. Era una científica, la directora de recuperación y rehabilitación de animales marinos y acuáticos del Centro de Investigaciones Oceanográficas de Boston. No podía sentir miedo del agua.

—No debería salir en piragua sin un compañero.

—Permanece cerca de la costa —le dijo Emile, tras encogerse de hombros—. Ten cuidado con las brumas que saldrán después.

—¿Estás seguro de que no quieres venir conmigo? —le preguntó.

—Yo puedo salir en piragua cuando quiera.

Parecía estar diciéndole que aquél era uno de los privilegios de su retiro. Después del desastre del Encounter, Emile Labreque había dejado sin palabras al mundo al retirarse al pequeño pueblo de pescadores de Maine en el que su familia había vivido siempre. Aquél había sido su hogar desde hacía años. Tenía una pequeña casa, en la que, de niñas, Riley y su hermana se habían pasado veranos enteros. Se dedicaba a cuidar una reserva natural privada. El último coletazo de una leyenda.

Emile observó a Riley mientras ella empujaba la llamativa piragua de color rosa a la orilla. A sus setenta y seis años, seguía mostrándose tan alerta como siempre. Riley había heredado su esbelto y fibroso físico, su cabello y ojos oscuros y sus afilados rasgos... al igual que, según algunos, parte de su obstinación.

—¿Piensas detenerte en la isla?

—Sí. Me he preparado el almuerzo. Si no se levanta bruma, me gustaría comer en las rocas, como en los viejos tiempos.

Emile miró hacia el agua. La bahía relucía con el sol de la mañana. Labreque Island estaba más allá, casi en la boca de la bahía. Era una pequeña extensión de rocas y arena barridas por el viento que pertenecía a la familia de Emile desde principios del siglo pasado.

—He de decirte que John Straker está en la casa.

—¿Straker? ¿Por qué? ¿Qué está haciendo aquí?

—Le pegaron dos balazos no hace mucho tiempo. Ha venido a casa para recuperarse. Le he dejado que utilice la casa de la isla.

Riley digirió aquellas noticias como si fueran a indigestársele. No sentía mucha simpatía por John Straker. Se había marchado de la península años atrás para ingresar en el FBI. Muchas de las personas del pueblo no se podían creer que el FBI lo hubiera aceptado. Desde entonces, Riley sólo lo había visto en contadas ocasiones.

—¿Quién lo disparó, unos delincuentes o sus amigos?

—Un fugitivo que se llevó de rehénes a dos adolescentes por un asunto relacionado con el terrorismo.

—Típico de Straker ¿Resultó alguien más herido?

—No. Ya sabes que John no es demasiado buena compañía ni en un día bueno.

—Es cierto. Supongo que me tendré que quedar en el otro lado de la isla. Él ni siquiera sabrá que estoy allí. Por cierto, no sabía que la casa de la isla era habitable.

—Él la ha arreglado un poco. No mucho.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Desde abril.

Riley se echó a temblar. Entonces, sonrió a su abuelo.

—No pasa nada. No le tengo miedo a John Straker. ¿Estarás aquí cuando regrese?

—Lo dudo.

—De camino a Boston, voy a parar en Camden —añadió Riley—. ¿Hay algo que quieres que le diga a mi madre y a Sig?

—No.

Riley asintió. No realizó comentario alguno. Tal vez ya se había dicho demasiado. Su madre y su hermana, la hija única de Emile y su nieta mayor, lo culpaban por lo ocurrido con el Encounter, por la muerte de Bennett Granger y de los cuatro miembros de la tripulación y por el hecho de que Riley hubiera estado a punto de morir. Por el hecho de que Emile hubiera estado al borde de la muerte y porque hubiera destrozado el prestigio de toda una vida.

Todos echaban la culpa a Emile de lo ocurrido con el Encounter. Todos, a excepción de Riley. El hecho de que Sam Cassain pensara que Emile había recortado el presupuesto de seguridad no era suficiente para ella. Necesitaba pruebas antes de poder mandar a su abuelo al infierno. Desgraciadamente estaba en franca desventaja.

Emile le deseó que lo pasara bien y se encaminó de nuevo a la rústica casita. Corea, Prospect Harbor, Winter Harbor, Schoodic Point... Aquellos eran los lugares de la infancia de Riley, lugares que se contenían en una península de granito, una de las muchas que configuraban la hermosa costa de Maine. Riley conocía todas sus ensenadas, bahías y calas. Fue allí donde descubrió el amor que sentía por el océano, un amor que no tenía nada que ver con ser una Labreque ni una St. John, sino sólo con ser ella misma.

Había sido allí también donde había cometido su único acto de violencia cuando le arrojó una piedra a John Straker. Él tenía dieciséis años y ella doce. Se lo

había merecido. Hasta la madre de John lo había dicho así mientras le entregaba una toalla para que se secara la sangre y se lo llevaba a la consulta del médico. Le habían tenido que dar seis puntos para coserle la herida que Riley le había hecho sobre el ojo izquierdo. Se preguntó si él le habría tenido que explicar aquella cicatriz a los del FBI. Resultaba sorprendente que lo hubieran admitido. Apedreado en la cabeza por una niña de doce años. Aquello no presagiaba nada bueno.

Le habían disparado. Terrorismo. Riley hizo un gesto de determinación. No tenía intención de dejar que un amargado agente del FBI le estropeara un picnic en su isla favorita.

Deslizó la piragua a la marea. Dado que el tiempo era bastante cálido, se había decantado por un traje de verano y llevaba unas zapatillas antideslizantes sin calcetines. Las aguas de Maine nunca resultaban muy cálidas, pero estaría bien. La camiseta y los pantalones que llevaba eran de una tela de secado rápido y llevaba dos bolsas impermeables con todo lo esencial. En una llevaba su comida. En la otra, todo lo que pudiera necesitar si se veía en un aprieto: cerillas impermeables, una cuerda, una manta térmica, raciones que comería sólo en caso de necesidad, papel de aluminio, un botiquín portátil, bengalas, brújula, mapas, silbato, radio con frecuencia marítima, cinta adhesiva, agua y su navaja. Además, se había metido una brújula extra, más cerillas y agua en el chaleco salvavidas, por si se veía separada de la piragua. En resumen, estaba preparada para cualquier eventualidad, incluso para un convaleciente John Straker.

Colocó el remo sobre la piragua y se metió en el agua, que no estaba tan fría como había esperado. A continuación, se sentó y se dirigió a aguas más profundas, con un movimiento de remo firme y seguro. Toda la intranquilidad desapareció por completo. Aque-

llo era precisamente lo que necesitaba. Un paseo en piragua en solitario, acompañada por el fresco y limpio aire de Maine y la rocosa costa con sus hermosos árboles y casas de veraneo. El agua estaba lisa como el cristal y el aire tan tranquilo que se escuchaba perfectamente el sonido del remo al introducirse en el agua, el grito de las gaviotas y el ronroneo de los lejanos motores de pescadores. Emile tenía razón. Necesitaba volver al agua.

Dos horas más tarde, se sentía agotada y hambrienta, pero llena de energía. Un banco de niebla se había formado en el horizonte, pero Riley pensó que habría terminado con su picnic y habría regresado sana y salva a la casa de Emile antes de que llegara a la costa. Mientras remaba en paralelo a la orilla de la isla, buscó un lugar en el que detenerse. La isla constaba de poco más de dos hectáreas de arena, rocas, pinos, abetos y unas cuantas intrépidas hayas y abedules, todos los cuales habían sido moldeados por los vientos, las mareas y las tormentas del Atlántico Norte. El lado de la isla que daba hacia el océano tenía unas imponentes repisas de piedra y el agua era más bravía. Sin embargo, la vieja casa de Emile, en la que residía en aquellos momentos John Straker, estaba al lado de la bahía.

Las olas la empujaron a la costa. A pesar del aspecto salvaje de la isla, su ecosistema era muy frágil. Como Riley era muy consciente de ello, trató de buscar un lugar en el que pudiera desembarcar sin novedad y que, al mismo tiempo, resultara tan inocuo para la isla como fuera posible.

Encontró por fin un lugar. No era gran cosa. Tan sólo se trataba de un pequeño recodo entre las rocas y los acantilados. El oleaje era allí muy fuerte. Si volcaba y se golpeaba la cabeza contra una piedra, terminaría siendo comida para las focas. Aquella era la razón por la que no solía salirse en piragua en solitario.

Se concentró, tratando de mantener el centro de gravedad. Una ligera inclinación a la izquierda o a la derecha podría hacerla volcar, hasta con una piragua tan estable como la que ella llevaba. Colocó la pequeña embarcación en perpendicular a la costa y, tras remar con fuerza, la empujó directamente hacia las rocas. Éstas arañaron el casco de la piragua. Riley saltó y lanzó un grito al notar la frialdad del agua. Con rapidez, subió la canoa a las rocas. A continuación, se izó sobre una piedra y se sentó.

El sol de mediodía la calentó y la ayudó a recuperar el aliento. A pesar de la niebla que se alzaba por el horizonte, la vista era fantástica. Merecía la pena correr el riesgo de encontrarse con el agente especial Straker sólo por verla.

Resultaba difícil pensar en él como agente del FBI. El John Straker que ella había conocido tenía la intención de hacerse pescador de langostas. Riley jamás hubiera creído que iba a abandonar el condado de Washington. Sus padres aún vivían en la misma casa en la que había crecido la madre de John. Su padre era pescador de langostas. Su abuelo había trabajado en una conservera de sardinas.

Sin dejar de pensar que él podría estar a pocos metros de distancia, se preparó su picnic, que constaba de una manzana, magdalenas de arándanos, queso, dos *brownies* y sidra. Con la navaja, cortó la manzana y el queso y empezó a comer.

Mientras saboreaba la manzana y el queso, olía el mar y el aroma de los pinos, acompañados de un ligero ambiente otoñal, Riley pensó que todo era perfecto. Las gaviotas gritaban en la distancia y los árboles y los arbustos susurraban con la brisa del mar. Todo pasó a un segundo plano. El estrés y el trauma del año anterior, las preguntas que se había hecho sobre sí misma, su familia, su trabajo, lo que deseaba y en lo

que creía. El ritmo infernal de la vida de Boston. Estaba allí, sola, en una isla aislada que había visitado por primera vez cuando sólo era un bebé.

Se estaba tomando la primera *brownie* cuando se dio cuenta de que la niebla había avanzado. Se puso de pie rápidamente.

—¡No! ¡Necesito más tiempo!

Sin embargo, la niebla seguía su paso inexorable hacia la costa, comiéndose el océano con sus impenetrables profundidades grises y blancas. Riley comprendió que no podría regresar a la casa de Emile antes de que la niebla alcanzara la bahía. Se puso a pasear sobre las rocas, maldiciendo su propia arrogancia. La bruma empezó rápidamente a cubrir primero las aguas y, a continuación, las rocas. Tendría que haberselo imaginado y haberse dejado el picnic para otro momento.

—Maldecir no sirve de nada —dijo una voz a sus espaldas—. La niebla hará lo que tenga que hacer.

Riley ahogó una maldición y se detuvo en seco. Straker. Se había materializado entre la niebla y los pinos y estaba exactamente tal y como ella lo recordaba. Dos balas y sus años como agente especial del FBI no lo habían cambiado. Seguía siendo alto, corpulento, de cabello castaño y ojos grises y tan enojoso como cuando era niño.

—Tú eres la oceanógrafa —dijo—. Deberías haberte imaginado que la niebla llegaría aquí antes de que tú pudieras marcharte.

—No soy vidente.

—Yo lo sabía.

Claro que lo sabía. Era la clase de hombre que siempre lo sabía todo. Hasta la velocidad a la que iba a avanzar un banco de niebla.

—¿Me has estado espiando?

Sus ojos, tan grises como la niebla, la contempla-

ron. No respondió. El jersey negro que llevaba enfatizaba la fuerza y la anchura de sus poderosos hombros. No parecía que lo hubieran disparado ni que hubiera hecho nada con su vida aparte de pescar. Tenía un aspecto fuerte, acorde con el ambiente de la isla, aunque no parecía estar muy contento de que Riley estuviera allí. Sin embargo, ella nunca le había tenido miedo a John Straker.

—Bueno, Straker, estás peor de lo que recuerdo, si eso es posible.

—La niebla podría estar aquí durante horas. Días. Va a hacer mucho frío.

—Trataré de no molestarte.

—Te vi con mis prismáticos. No me resultó difícil. Parecía que ibas montada sobre una botella de detergente de color rosa.

—Es un color tan llamativo para que lo vean los barcos. El verde o el azul marino no destacarían mucho contra el agua del mar y los árboles.

John entornó los ojos. Fue lo único que cambió en su expresión.

—No estoy bromeando.

Se estaba burlando de ella. Por mucho tiempo que Riley hubiera pasado en Maine ni por toda la experiencia que tuviera, por mucho tiempo que él hubiera estado lejos de allí, John Straker seguía siendo el que lo sabía todo de aquella zona y ella la forastera. Era una discusión de antaño. Aún tenía la cicatriz en la frente que demostraba la única vez que la había perdido.

—Seguro que Emile te advirtió que, en la actualidad, no soy muy buena compañía.

—Sí me lo advirtió, pero, en realidad, jamás has sido muy buena compañía, Straker. ¿Dónde te dispararon?

—Cerca de la frontera con Canadá.

—Evidentemente, las balas no te dañaron la boca —le espetó ella.

—Todo lo que se supone que debe seguir intacto, lo está. Bueno —añadió, mirando la niebla, podrías estar aquí hasta mañana. Que te diviertas.

Naturalmente, no tenía intención de invitarla a la casa para que esperara hasta que pasara la niebla... y Riley prefería congelarse antes de pedírselo.

—Me encanta la niebla —replicó.

John desapareció entre los árboles. Entonces, ella se colocó las manos sobre las caderas y le gritó:

—¡No te atrevas a espiarme!

Se había marchado. No iba a regresar. La había dejado allí para que se congelara. Cuando ella tenía once años y se había visto rodeada por fuertes vientos después de tomar una de las piraguas de Emile sin permiso, Straker la había sacado del agua con el barco de su padre. No había mostrado reparo alguno a la hora de decirle lo estúpida que había sido y le había prometido que, la siguiente vez, la dejaría ahogarse.

Ella se había echado a llorar. Había sido horrible. Riley estaba empapada y muy asustada y, además, el quinceañero de John Straker estaba amenazando con tirarla por la borda si no se callaba.

—Canalla —murmuró Riley, de pie sobre la isla. Nunca había sentido simpatía por John Straker.

Se bajó de las rocas y desenganchó la bolsa impermeable. «Maldita sea». Se suponía que tenía que estar de vuelta en Boston aquella noche para incorporarse al trabajo a la mañana siguiente. Había llegado a Maine el miércoles anterior para una serie de cenas, reuniones y conferencias informales para recaudar fondos que se iban a celebrar en la casa de verano de los Granger, en Mount Desert Island. Caroline Granger, la segunda esposa de Bennett y en aquellos momentos su viuda, había decidido dar por finalizado su año de luto

y había invitado a los directivos y al personal del Centro de Estudios Oceanográficos de Boston, tal vez para indicar que estaba preparada para ocupar el puesto de su esposo como benefactora del centro.

Nadie había mencionado allí a Emile Labreque, que vivía en su exilio a poco más de un tiro de piedra. Riley ni siquiera le había dicho a su padre, Richard St. Joe, un biólogo especializado en ballenas que trabajaba también para el centro, que iba a permanecer unos días más en Maine para visitar a su abuelo.

Con un gruñido de frustración, sacó la manta termal, que parecía un trozo de papel de aluminio. Mientras la desdoblaba, se dijo que hubiera sido mucho peor si no hubiera estado preparada. No tenía que avergonzarse por tener que utilizar sus suministros de emergencia. A pesar de todo, se sentía humillada. Culpó a Straker. Él había disfrutado viéndola en aquella situación.

Se subió a otra piedra y se echó la manta por los hombros. El fuego era el último recurso, dado que un fuego en una isla podía ser letal. Tendría que encontrar un lugar arenoso.

Se aferró a su manta y siguió un estrecho sendero que había en lo alto de las piedras. El sendero rodeaba las rocas. Se recordó que la niebla era algo normal. No era como la explosión de un motor o un fuego a bordo de un barco. No era como el Encounter. Sólo había sido una maravillosa mañana en el agua que había tenido un final algo molesto, ni traumático ni peligroso.

El sendero finalizó al pie de una enorme roca redondeada que Riley recordaba de los paseos que había dado por la isla en el pasado. «En días más felices», pensó. Sus padres, su hermana y más tarde Matthew Granger solían ir a pasar el día a Labreque Island. Emile y Bennett casi nunca los acompañaban. El trabajo, el centro, siempre tenían prioridad. En aquellos

momentos, Bennett estaba muerto y Emile viviendo en un solitario exilio. Su hija no le hablaba y el matrimonio de su nieta con Matthew Granger estaba pasando por un mal momento.

El marido de su hermana había hecho una breve aparición en Mount Desert Island que había servido para demostrar que no se había olvidado de la tragedia del Encounter ni de la muerte de su padre. Como Sam Cassain, Matt creía que Emile debería estar en la cárcel por un delito de negligencia con resultado de homicidio.

Riley apartó de su pensamiento aquellas imágenes tan poco bienvenidas y, saltando de piedra en piedra, siguió con su camino, tratando de escapar de los recuerdos que deseaba olvidar.

Se dirigió hacia el borde de una piedra cubierta de percebes. En la base, el agua formaba remolinos entre las grietas y las hendiduras que la marea había dejado al descubierto. Las zapatillas antideslizantes que llevaba puestas la sujetaban con fuerza a las rocas, aunque tenía los dedos de los pies rojos y fríos.

«Debería haberme traído unos calcetines», pensó. Seguramente Straker se había dado cuenta de que llevaba los pies desnudos y, con satisfacción, había predicho que se le helarían los pies. Se lo imaginó sentado al lado de la estufa de madera de la cabaña, bien caliente, mientras esperaba que la niebla se marchara y que se llevara con ella a su incomoda visitante.

Riley saltó por encima de una grieta y se acercó al borde de la piedra cubierta de percebes. Con la marea alta, las pequeñas rocas, la arena y los charcos de agua que rodeaban la base estarían cubiertos de agua, creando así una especie de isla en miniatura. Estaba a unos seis metros por encima de la marea, que se estaba retirando en aquellos momentos. En el horizonte no se veía nada más que niebla. Era como estar en el fin del mundo.

Straker le podría haber dejado que entrara en la cabaña para que se calentara los pies y tomara una taza de café caliente. Podría haberle prestado unos calcetines.

—Que aspen a Straker —musitó, con sólo la niebla por testigo.

Algo le llamó la atención y le hizo mirar a la izquierda. Observó el agua, las piedras, las algas y los percebes. Seguramente no era nada. La niebla podía resultar muy engañosa. Aquella vez no.

Riley dejó caer la manta y se oyó contener el aliento. «Dios mío...».

Entre las rocas, las algas y los percebes, boca abajo e inmóvil en el agua poco profunda, estaba el cuerpo de un hombre.

Straker oyó gritar a Riley y se imaginó que no le quedaba elección. Tenía que ver lo que estaba ocurriendo. Salió al porche y vio que el pálido sol estaba tratando de abrirse camino entre la niebla. Con suerte, la señorita St. Joe se marcharía en menos de una hora. Siempre había resultado... muy incómoda.

La oyó abriéndose paso entre los arbustos que había cerca de la casa. No se había molestado en tomar ninguno de los senderos que recorrían la isla.

—¡Straker... Straker...! ¡Dios mío, hay un cadáver entre las rocas!

Él puso un gesto de contrariedad. Un cadáver. Maldita fuera.

Volvió a entrar en la casa. Allí se estaba muy caliente. Tenía un delicioso guisado de carne en el fuego. El frío, la niebla y los fuertes vientos indicaban que el verano estaba llegando a su fin. No podía quedarse allí durante el invierno. Tenía que tomar una decisión. ¿Qué iba a hacer a continuación?

—¡Straker!

A Riley no le gustaba compartir su isla con él. Era capaz de decirle que había un cadáver sólo para vengarse de él por haberla dejado en el exterior con aquella niebla tan fría. La conocía desde que era una precoz niña de seis años a la que le gustaba recitar los nombres en latín de todas las plantas y criaturas que sacaba de un charco del mar.

Ella subió rápidamente los escalones del porche. No se molestó en llamar. Simplemente abrió la puerta de par en par.

—¿Es que no me has oído?

Straker removió el guisado. El vapor y los ricos olores suponían un agradable contraste con la fría y húmeda presencia de Riley St. Joe. Era menuda y fibrosa como Emile, con su mismo cabello y ojos oscuros e idéntico empuje e intensidad. Riley poseía también la risa de su madre y la nariz recta de su padre. Era una mujer difícil, competitiva y sabelotodo. Además, parecía no saber lo mucho que él había cambiado desde que se marchó de la península de Schoodic.

El guisado era realmente delicioso. Trozos de zanahorias, patatas rojas, apio, cebolla, batatas y un poco de vino tinto. No había mucha carne. Desde que lo dispararon, John tenía mucho cuidado con su dieta. El psicólogo del FBI le había aconsejado que no se aislara, pero él no había crecido en la costa de Maine. Dos horas después de salir del hospital, John había vuelto a casa. Cuando Emile vio que había acampado en Labreque Island, le ofreció la casa. No había teléfono, ni correo, ni siquiera muelle. Además, las únicas fuentes de energía eran la madera y un viejo generador de queroseno.

Desgraciadamente, la nieta menor de Emile estaba en su puerta. La miró desde la cocina. Estaba muy pálida y temblorosa. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Te he oído —respondió él.

—Canalla... ¿Por qué no has venido? Tú sabes más sobre... Oh, maldita sea.

Se puso aún más pálida. Straker dejó la cuchara. Demonios. Tal vez fuera cierto que había visto un cadáver.

—Termina la frase. Me ha gustado. Quiero saber qué es sobre lo que, en tu opinión, yo sé más que tú.

—Cadáveres.

—La niebla puede resultar muy engañosa.

—Maldita sea, Straker, no tienes que decirme nada de la niebla. Lo he visto... Le he visto el cabello y... la mano. Creo que voy a vomitar.

Straker suspiró. Aquello era lo último que necesitaba.

—El cuarto de baño está por allí.

—Ya sé dónde está el maldito...

Se interrumpió con una maldición y se dirigió precipitadamente hacia el pequeño pasillo que conducía directamente hacia el cuarto de baño. Straker la había encerrado allí una vez, cuando Riley tenía ocho o nueve años y le estaba desquiciando más de la cuenta. Exactamente eso mismo era lo que le parecía que ella estaba haciendo en aquel momento. Exagerando y dejándose llevar por el drama.

La siguió, aunque sin mucha velocidad ni entusiasmo. Si le ocurría algo, había un largo trecho hasta las Urgencias del pueblo.

Entre gemidos y maldiciones, Riley vació el estómago. Straker, apoyado en el umbral de la puerta, se sorprendió fijándose en la forma del trasero de ella mientras se inclinaba sobre el retrete. Hizo un gesto de desesperación. Llevaba en aquella isla desierta más tiempo de lo que había pensado.

Tras dejar aquel detalle del que acababa de percatarse para más adelante, volvió a la cocina y compro-

bó que la tetera que tenía sobre la cocina estaba hirviendo. Tomó una taza, introdujo una bolsa de té y echó el agua hirviendo.

Riley volvió tambaléandose a la sala. Temblaba visiblemente y tenía una toalla húmeda sobre la frente. El color de su rostro había mejorado, aunque sólo fuera por haber estado boca abajo.

—Ha sido ese *brownie* —comentó, mientras se sentaba al lado de la mesa.

Straker le colocó la taza delante. La mesa estaba al lado de una enorme ventana desde la que se dominaba la bahía, aún envuelta en niebla.

—Yo había creído que era por el cadáver.

—No habría vomitado si no me hubiera comido ese *brownie*.

—No tengo teléfono —replicó Straker—. Podemos utilizar la radio que tengo en mi bote para notificarlo a la policía. Tendré primero que ir a echar un vistazo, para asegurarme de que no te lo has imaginado.

—Te acompañaré —afirmó ella, antes de dar un sorbo al té—. No quiero quedarme aquí sola.

—Si ese tipo está muerto, no creo que vaya a presentarse aquí.

Aquel comentario enfureció a Riley. Se levantó tan impetuosamente que estuvo a punto de tirar la silla al suelo. Aún temblaba, pero cuadró los hombros.

—Vamos.

Dio un par de sorbos más de té, se limpió el rostro una vez más con la toalla húmeda y salió por la puerta. Aún seguía temblando, pero Straker no realizó comentario alguno. Riley no era la clase de mujer a la que le gustaba que se le indicaran sus debilidades. Se preguntó si aquella sería la primera vez que ella había visto un cadáver. Entonces, recordó la tragedia del año anterior. Cinco muertos. Riley había estado a punto de perder la vida. No se había retirado a una isla desierta

para lamerse las heridas. Como había salido ilesa físicamente, regresó a su trabajo en el Centro de Estudios Oceanográficos de Boston. Straker dudaba que reconociera secuelas psicológicas por lo ocurrido.

La siguió por el sendero. Riley caminaba con rapidez, a pesar de que lo ocurrido. La niebla seguía siendo muy espesa y húmeda y reducía la visibilidad a pocos metros, a pesar de los intentos del sol por abrirse paso.

Straker sintió una tirantez en el pecho y una incipiente sensación de pánico que ya le resultaban muy familiares y que no tenían nada que ver con el hecho de seguir a Riley St. Joe hasta el lugar en el que había un cadáver. La niebla le hacía sentir claustrofobia, como si el alma lo hubiera abandonado y hubiera pasado a formar parte del mundo. Tal vez hubiera debido aislarse en una cabaña en el desierto de Arizona.

—Allí está. Está atrapado entre las rocas. Lo debe de haber traído la marea. Podría ser que el mar se lo llevara otra vez cuando suba la marea, pero no lo creo. Puedo mostrarte...

—Ya bajo yo.

Straker se deslizó a toda velocidad por entre las rocas. Había crecido allí y, además, sus heridas físicas habían sanado hacía mucho tiempo. Estaba en muy buena forma, mucho mejor de lo que había estado en los últimos dos o tres años. Sin embargo, no estaba preparado para volver al trabajo. Confiaba en sus instintos, en su preparación, en su experiencia. No era eso. Simplemente no le servía de nada a la gente. En los últimos seis meses, se había acostumbrado a estar solo. Desgraciadamente, había aparecido un cadáver en su isla desierta. Tal vez era una premonición. Si no volvía al trabajo, el trabajo vendría a por él. Por supuesto, Riley no había dicho que se tratara de un asesinato. Probablemente sería un pobre hombre que había saltado de cabeza desde su barco.

Como la marea estaba muy baja, avanzó entre las algas y los percebes. Llegó al agua, que, en aquellos momentos, sólo tenía unos pocos centímetros de profundidad. Una enorme roca se erguía a su derecha, desde la que, seguramente, Riley habría estado observando el agua. La arena se hundía con cada paso. Se subió sobre una piedra plana, que aún estaba mojada por la marea. A poca distancia de allí, las olas lamían suavemente las rocas y la arena.

Sintió la presencia del cadáver antes de verlo. Se le tensaron los músculos. Trató de echar mano a la disciplina y a la profesionalidad que su trabajo le había enseñado. Había visto cadáveres antes. Sabía lo que hacer.

Aquél estaba inmóvil, hinchado y completamente empapado. Estaba a poco más de un metro, boca abajo, como si se hubiera tropezado y hubiera caído de bruces sobre la arena. Las gaviotas se habían cebado con él.

Straker se apartó. De repente, Riley se materializó a pocos metros de él.

—¿Lo has encontrado?

—Ve a mi bote y llama por radio a la policía. Yo te esperaré aquí.

—¿Por qué? Si está muerto...

Straker la miró. Riley tenía un aspecto espectral y parecía mucho más menuda de lo que él recordaba.

—Ahuyentaré a las gaviotas.

2

Lou Dorrman amarró su bote y arrojó la piragua rosa de Riley al muelle de Emile. Ella le dio las gracias, esperando que no se entretuviera mucho y que regresara inmediatamente a la isla. Sin embargo, Lou saltó al muelle detrás de ella. Era el sheriff local, un hombre serio, canoso y barrigón que llevaba años diciendo que John Straker terminaría mal. Que alguien terminaría disparándole, atropellándole o dándole una buena paliza. El hecho de que hubiera aparecido un cadáver en la isla en la que él se estaba recuperando no sorprendió en absoluto a Lou Dorrman. No obstante, el hecho de que Riley estuviera allí también parecía preocuparle.

—¿Qué estás haciendo tú con John Straker?

A Riley le castañeaban los dientes. La niebla había desaparecido, dejando a su paso una tarde cálida y soleada, pero ella no podía dejar de temblar, seguramente por los nervios, la deshidratación... y por el hecho de haber visto la horrible imagen de aquel hombre entre las rocas. Straker la había obligado a ponerse una

sudadera después de que llegara la policía. Riley había tenido que remangársela seis veces para poder llevarse las mangas a las muñecas.

—Estaba de picnic —respondió.

—Pues menudo picnic —replicó Dorrman.

—¿Tiene alguna pista sobre el cuerpo, sobre quién era?

—Todavía no. No llevaba identificación alguna. El forense le realizará a autopsia. Sabremos más muy pronto.

A Riley le pareció ver algo en los ojos de Dorrman.

—¿Qué sospecha, sheriff?

—Nada. Tenemos que ir poco a poco. ¿Vas a estar bien tú sola? Me imagino que Emile se ha marchado a alguna parte. Tendré que hablar con él, dado que se trata de su isla.

—Estaré bien sola, gracias —afirmó. A pesar de todo, no podía dejar de temblar—. Sheriff, no creerá que Straker tiene algo que ver con lo ocurrido, ¿verdad? Sé que le dispararon hace seis meses... Emile me dijo que fue por un asunto relacionado con el terrorismo.

—Terrorismo. Vaya. Vayamos poco a poco, ¿de acuerdo? ¿Vas a estar por aquí durante un tiempo?

—Se supone que tengo que regresar a Boston esta misma noche. Tengo que estar en mi trabajo mañana por la mañana. Estaba pensando ir a visitar a mi madre y a mi hermana de camino. Le he dado a su ayudante los números de teléfono en los que puede localizarme.

—Muy bien. Adelante. Te llamaré si la División de Investigación Criminal de Maine saca otras conclusiones. Ha sido un día muy duro, muchacha —dijo Dorrman, tras colocarle una mano sobre el hombro—. Trata de olvidarlo.

Mientras Dorrman atravesaba de nuevo la bahía,

Riley arrastró la piragua hasta la casa de Emile. La casa, de madera oscura, se fundía perfectamente con el bosque de pinos que la rodeaba. No había cambiado desde hacía años. Riley agradeció la familiaridad de olores y sonidos, y hasta la de las raíces de los abetos mientras llevaba la piragua al cobertizo.

Mientras subía el porche, las piernas le pesaban tanto como si estuviera escalando Mount Katahdin. Se desplomó sobre una silla. Como el porche estaba resguardado del sol, hacía fresco, lo que acrecentó aún más los escalofríos que sentía.

La puerta estaba cerrada a cal y canto. Seguramente Emile no se habría enterado aún de la noticia. Riley sintió que el ácido le subía por la garganta al recordar las horribles imágenes del cuerpo hinchado, sobre el que las gaviotas no dejaban de hacer presa. Se levantó de un salto de la silla.

—No debería haber hecho ese estúpido picnic.

Así Straker habría encontrado el cuerpo o el mar habría vuelto a reclamarlo. Riley se enfrentó a la misma sensación de indefensión que había experimentado al descubrir la primera ballena varada, cuando sólo era una adolescente que trabajaba de voluntaria en un equipo de rescate. Su misión era terminar con el sufrimiento de los animales a los que ya no se podía ayudar, devolverlos sanos al mar antes de que murieran en las playas y curar a los heridos para devolverlos a su hábitat. A pesar de que aquello era ya parte de su trabajo, jamás se acostumbraría a la muerte y al sufrimiento.

El hombre de la playa ya no sufriría más.

Decidió dejar a Emile una nota. A pesar de que a su abuelo no se le ocurriría compadecerse de ella ni aplacar sus temores, no era un hombre sin corazón. Esperaría que Riley continuara con sus planes de ir a Camden y luego a Boston. La necesidad que ella sen-

tía de compartir sus temores surgía del hecho de no haber podido hacer nada por aquel hombre. Se sentía insatisfecha, como si debiera hacer más, saber más. ¿Se olvidaría Straker de aquel hombre y volvería a retomar su solitaria vida en la isla sin pensárselo dos veces?

Encontró la llave de Emile en el alféizar de la ventana y entró en la casa. Menos racional aún que desear llorar en el hombro de su abuelo era tratar de saber lo que John Straker pensaba. Había llegado el momento de recoger sus cosas y emprender el viaje de vuelta.

No obstante, cuando se marchó de la casa, terminó en una calle cerca del puerto, en la que vivían los padres de Straker. El porche servía como almacén de todas las cosas que la madre tenía planeado arreglar, algo que se le daba muy bien. Los turistas y los habitantes del pueblo conocían muy bien su habilidad para restaurar muebles y para tapizar. Por su parte, John Straker padre era pescador de langostas. Sus aparejos de pesca colgaban del garaje.

Riley rodeó la casa. Linda Straker la vio y la llamó para que entrara en la cocina, en la que estaba inmersa en uno de sus proyectos de restauración. Tenía un cigarrillo apagado entre los labios y era una mujer fuerte, testaruda e imaginativa, con un cabello que cambiaba frecuentemente de color, moreno aquel día, y unos kilos de más en las caderas. Su hijo había heredado sus ojos grises.

—¿Has venido por lo de ese cadáver?

—Se ha enterado.

—Por aquí no ocurren muchas cosas de las que yo no me entere. ¿Dónde está Emile?

—No lo sé. Supongo que en la reserva. Yo voy de camino a Boston —respondió Riley. Se sentó en una silla. Se sentía incómoda, como si volviera a tener doce años y la señora Straker le fuera a ofrecer un

vaso de refresco—. En realidad, no estoy segura de por qué me he detenido aquí.

—Porque temes que ese cadáver tenga algo que ver con mi hijo y que vaya a regresar a por ti para morderte en el trasero —dijo, con ojos serios—. Podría ser así.

—¿Por qué dice eso?

—Porque así ha sido siempre con John desde que vio la luz hace treinta y cuatro años. Ahora, es agente del FBI. Ha visto y ha hecho muchas cosas desde que tú le golpeaste con aquella piedra cuando tenías doce años. Si estuviera en tu lugar, lo dejaría en paz.

—Demasiado tarde.

—¿No podrías haber fingido que no viste ese cuerpo? No, supongo que no. Además, aunque lo hubieras hecho, John lo habría sabido y habría ido tras de ti. No hay modo de escapar de esto, Riley. Si vas a estar cerca de él otra vez, no confíes en la suerte. Ése es el consejo que te doy. Apunta bien y, si le das, echa a correr como si te persiguiera el demonio.

A pesar de la tensión que sentía, Riley soltó una carcajada.

—No tengo intención de volver a ver a su hijo, y mucho menos de tirarle piedras.

En aquel momento, la puerta trasera se abrió. Straker contempló con frialdad a las dos mujeres. Si a Riley aún le quedaba alguna duda de que él ya no tuviera dieciocho años, ésta desapareció inmediatamente. Irradiaba una fuerte energía y la intensidad que se esperaba de un hombre al que habían disparado dos veces.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Linda Straker, impasible.

Straker cerró la puerta de una patada.

—St. Joe, maldita sea... ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Hablando con tu madre. No creo que esté prohi-